

# LOS POETAS

---

FRANCISCO VILLAESPESA



▣ VIAJE ▣

---

---

SENTIMENTAL

---

---

1924

Vol. 12



20 cts.

AÑO  
1

LOS POETAS

Volum.  
12

Publicación de EDITORIAL CLARIDAD

Aparece los jueves alternos

Dirección postal: C. DE CORREO 756 — Buenos Aires

## UNA OBRA

del célebre poeta francés  
PAUL VERLAINE  
traducida en verso por J.  
Ortiz de Pinedo, contendrá  
el volumen 13 de esta co-  
lección que se pondrá en  
venta el jueves 16 del cte.

En uno de los próximos volúmenes  
de LOS POETAS se publicará una  
obra del senador Dr. Mario Bravo.

16 cm)

R.67.526



FRANCISCO VILLAESPESA

1  
AN  
53/34

# VIAJE SENTIMENTAL



LOS POETAS

Vol. 12



20 cts.



## NOTA BIOGRAFICA

---

*Francisco Villaespesa nació en la aldea de Lanjar, provincia de Almería (España), en el año 1877. Un viaje efectuado por cálidas tierras de Oriente inspiróle hondas y sentidas páginas, en las cuales grabó las impresiones que había recogido su espíritu durante sus correrías de artista fogoso y de gran vuelo lírico.*

*Una inspiración arrebatadora eleva a este poeta. Acaso el fuego de su sangre andaluza, tal vez su viaje por la región de las arenas calurosas, lo cierto es que Francisco Villaespesa se destaca por la magnificencia de su visión casi oriental. Si de Cristóbal de Castro se ha dicho que es el verdadero poeta español, tomando en cuenta su "Cancionero Galante", con más razón debe llamársele el poeta español por antonomasia a este lírico exaltado que al fuego de España une el calor de la Arabia exótica y seductora. La misma impresión que experimenta el espíritu al escuchar la "Torre Bermeja" de Albéniz se siente con la lectura de muchos de los versos de este inspirado bardo.*

*El autor de "Viaje Sentimental" ha escrito también para el teatro. La crítica no lo recibió con entusiasmo, acaso por la falta de realidad que es fácil observar en su producción escénica; pero debe tenerse en cuenta que es el suyo un teatro de ensueño, más real y humano que*

gran parte del teatro romántico que los mismos críticos aceptaron sin discusión.

Entre otros libros, Villaespesa ha publicado: "La copa del rey de Thule", "El mirador de Lindaraxa", "El patio de los arrayanes", "El jardín de las quimeras", "In memoriam", "Bajo la lluvia", "El balcón de Verona", "Canciones del camino", etc. "Viaje Sentimental" que hoy ofrecemos a nuestros lectores, es uno de sus mejores libros. A la pureza de su inspiración une la perfección moral más acabada.

G. R.

---

## A VILLAESPESA

Tú, sí que sabes arrancar del fondo  
de tu doliente corazón el canto:  
el canto dulce, indefinible y hondo,  
que hace asomar a la pupila el llanto.

En el vaso del verso echas tus hieles,  
y en él el alma atormentada pones;  
y nos muestras, sin vanos oropeles,  
la blanca desnudez de tus canciones.

Eres grande y sencillo. Verdadero  
poeta, empuñas la sonante lira  
y a cantar te adelantas... el primero.

¡Tu lira cruje de dolor, de ira!  
y, al pulsarla tu mano, hasta el acero  
de su cordaje ablándase... y suspira!

JULIO FLOREZ.

## OFRENDA

### I

Los que vísteis salir por vuestra puerta  
para siempre, en la paz del ataud,  
con los fríos despojos de una muerta  
todos los sueños de la juventud;

los que de noche, trémulos de frío,  
lloráis de espanto en vuestro lecho, al ver  
junto a vosotros un lugar vacío,  
esperando a quien nunca ha de volver;

los que soñásteis y encontrásteis una  
mujer, que por encanto o por fortuna  
encarnase los sueños del amor,

y al perderla os hallásteis sin abrigo...  
¡Venid a solas a llorar conmigo,  
porque de todos es este dolor!

## I — LA CANCIÓN DEL REGRESO

### I

Buscando a mi dolor algún alivio  
quiero volver a tí, valle natal,  
y aspirar otra vez tu aliento tibio  
bajo la luz del sol primaveral.

En el hondo pavor de tus barrancas  
ir a beber a oculto manantial,  
mientras revuelos de palomas blancas  
manchan lo azul del límpido cristal.

Volver a casa cuando el sol declina  
y la torre mudéjar lanza al viento  
el clamor de su canto vespéral...

Y huele a rosas, y la golondrina  
desata los collares de su acento  
sobre el último alambre del parral.

### II

Entre el clamor del vespéral concierto  
llegar a casa y reposar por fin,  
con el baleón de par en par abierto  
a las cálidas brisas del jardín.

Y soñar, y soñar con una incierta  
sombra, hasta que nos venga a despertar,  
cual la mirada de una novia muerta  
la misteriosa claridad lunar.

Y abrir el corazón y los sentidos  
en un ingenuo arranque de inocencia  
y las nocturnas brisas absorber;

y al escuchar perderse entre ladridos  
los cascabeles de una diligencia,  
soñar con un viaje que nunca hemos de hacer.

III

Y leer otra vez versos sinceros  
en la paz de la vieja habitación,  
a la dudosa luz de los mecheros  
de un áureo y antiquísimo velón.

Ver la luna temblar en las ventanas,  
mientras nuestra nodriza Encarnación,  
sobre un mantel fragante de manzanas  
nos prepara la antigua colación.

—Ama, ¿te acuerdas cuando yo era niño?  
Y la vieja nos mira con cariño;  
y recordando nuestras almas van

cuando en sus fuertes brazos me dormía  
soñando con Jesús y con María  
y los blancos corderos de San Juan.

## IV

Un poco de reposo el alma anhela.  
La luna baña la quietud del llano.  
Sólo el ladrar de un perro nos consuela  
con la esperanza del hogar cercano.

La gran serenidad del firmamento  
en las aguas dormidas se retrata,  
y lanzan las olivas, bajo el viento,  
fosfóricos relámpagos de plata.

El ojo ciego de la vieja puente  
tiende un arco de sombra sobre el río  
que ni siquiera resbalar se siente...

¡Río, que de correr nunca te cansas,  
igual corre por ella el llanto mío,  
con la tristeza de tus aguas mansas!

## V

A veces entre el verde de la vega  
fulguran, a través de los rosales,  
relámpagos de sol en los cristales  
de la vetusta casa solariega.

Blanquea entre cipreses la fachada;  
las ventanas me miran, y la puerta,

bajo el escudo familiar abierta,  
parece que presente mi llegada.

Una voz me detiene en el camino,  
entre el frescor del agua que la arrulla,  
bajo la sombra azul de la arboleda:

—¿A dónde vas, iluso peregrino?  
La casa con que sueñas ya no es tuya!  
¡Ya ni un rincón donde morir te queda!

VI

Otra vez en tu tierra, ¡peregrino!  
Cada piedra un recuerdo me despierta.  
Cruzaba de mi brazo aquel camino,  
y la besé al pasar junto a esa puerta.

Tras aquellas ventanas, sonreía  
al mirarme llegar. Bajo esta parra  
como Dafnis a Cloe, un medio día  
sorprendí entre su seno una cigarra.

Su aliento ha respirado estos aromas;  
de su imagen fué espejo esta fontana;  
y esas blancas parejas de palomas

que van buscando el palomar cercano,  
iban al despertar a su ventana  
a recoger el trigo de su mano.

## VII

¡Oh, morisco Andarax, donde he nacido,  
sé buena madre para mi amargura;  
y al hijo que se fué y torna herido,  
perdona, y todas sus heridas cura!

Entre aromas de rosas y alelíos  
partí de tu ribera una mañana,  
ágil y fuerte como tus monfíes,  
a conquistar la Thule más lejana.

En la quietud de tus remansos, viste  
nuestros rostros unidos... Vuelvo triste,  
herido el cuerpo y con el alma inerte,

sin ella! y paz a tus riberas pido...  
Si es posible olvidar, dame el olvido,  
y si no he de olvidar, dame la muerte!

## VIII

Una flauta suspira en la distancia...  
Joven pastor que tañes, yo daría  
las rosas y el laurel de mi poesía  
por la felicidad de tu ignorancia.

No tienes más amor que tu ganado  
y la cabaña y el mastín, e ignoras

esas tristezas que en la flauta lloras,  
y que contigo hacen llorar al prado.

Mientras lento el rebaño va paciando,  
al pie de ese nogal sigue tañendo,  
que de tu flauta la melancolía

los ecos tristes del pinar despierta,  
como los ayes de la pena mía  
cuando suspiro por la amada muerta.

IX

Ascender por las ásperas pendientes,  
restos de milenarios cataclismos,  
sintiendo el rebotar de los torrentes  
y la fascinación de los abismos.

Algún cordero extraviado bala,  
sin atreverse a andar por la vereda,  
donde si torpe nuestro pie resbala  
ni polvo, acaso, de nosotros queda.

Una charla negrea en un espino.  
Se oyen ladrar los perros del molino  
que, rasgando las nieblas matutinas,

se refleja en el fondo de un barranco...  
Yo, ante la Muerte, pienso en las divinas  
pupilas negras de su rostro blanco.

## II — LA CANCIÓN DEL RECUERDO

### I

Igual que en un sepulcro me he encerrado  
en tu eterno recuerdo, y en él vivo,  
la frente entre las manos, pensativo,  
evocando las glorias del pasado.

¿Será posible que un amor tan fuerte  
se haya para mi amor desvanecido?  
El amor es más fuerte que la Muerte  
y la Muerte más fuerte, el Olvido.

Largas horas de espera... Eternidades  
que llenan de ansiedad mis soledades...  
Sólo y soñando con tu amor me tienes;

sólo y soñando con tu vuelta muero...  
Si nunca as de venir, ¿por qué te espero?  
y si te espero aún, ¿por qué no vienes?

### II

El alba iluminó la vidriera,  
y a su luz angustiada y azulada,  
yerto sobre el blancor de la almohada  
se destacaba su perfil de cera.

Abrió los ojos, y la vida entera  
palpitó en la inquietud de su mirada  
y en mis manos su frágil mano helada  
temblaba como un ave prisionera.

Balbuceó su voz:—¡Te adoro tanto!...  
Pídele al cielo que mañana viva!—  
Y mis venas heláronse de espanto  
al contemplar sobre su faz inerte,  
como el vuelo de un ave fugitiva,  
aletear las sombras de la Muerte.

## III

Y su voz se esparció como un aroma  
de postración:—Cuando mañana muera,  
córtame de raíz la cabellera...  
¡no quiero que la tierra se la coma!

Y como último dón de mis cuidados,  
para que cuide de tu pobre vida,  
colócala en la mano bendecida  
de la Virgen de los Desamparados...

¡Yo no quiero morir, Señor, no quiero!  
¿Qué va a ser de mi amor si yo me muero?—  
Clamó de pronto pálida y sombría,

y se abrazó a mi cuello sollozando...  
¡y en su trémulo acento se sentía  
que hasta la voz estaba agonizando!

IV

Ante la Virgen que adorabas tanto,  
rezaba con tan ciega idolatría  
que entre mis labios la oración moría  
estrangulada por mi propio llanto.

La imágen, impasible a mi quebranto,  
con sus labios pintados sonreía  
a un Niño que en los brazos sostenía  
medio oculto en los pliegues de su manto.

—¡Mi vida en cambio de la suya!—dije  
Ciego de pena y de terror, maldije;  
y al salir de la brusca pesadilla,

ví en la faz de la imágen, con espanto,  
algunas gotas trémulas de llanto  
rodar sobre el carmín de sus mejillas.

V

La gente de la casa sollozaba  
detrás de la empañada vidriera,  
y un acre olor a derretida cera  
en el fúnebre ambiente se aspiraba.

El carpintero, impávido, clavaba  
aquella negra caja de madera,

y cada golpe del martillo era  
puñal que el corazón me traspasaba.

—¡ Señor, Señor! ¿ Por qué me la has quitado?—  
al pie de un Crucifijo, arrodillado  
y dando sueltas a mi dolor, clamaba...

Y hasta el Cristo impasible, parecía  
que mi futura soledad sentía  
y de dolor sobre la cruz lloraba.

VI

—¿ Eres tú el Justo que a los justos premia?—  
clamó mi labio, y de dolor maldijo,  
y ante la sorda voz de mi blasfemia  
palideció la faz del Crucifijo.

Cegó mis ojos un raudal de llanto...  
Quise luchar aún contra la suerte,  
y sentí entre mis brazos, con espanto,  
rugir el esqueleto de la Muerte.

—¡ Nadie la toque!— dije. Y abrazado,  
como un loco, a su cuerpo inanimado  
intenté con mis besos darle vida

¡ Despierta, — le grité, — mi amor — despierta!  
Y era mi voz tan honda y dolorida  
que ví llorar los ojos de la muerta.

## VII

Al cortar sus cabellos, agitados  
por el rudo estertor de la agonía,  
por el amor mis ojos engañados  
aún creyeron notar que sonreía.

Sobre su corazón puse el oído,  
y juro que sentí, cual si quisiera,  
de mi inmenso dolor compadecido,  
palpitar otra vez, y no pudiera.

Cuando pasó aquel vértigo de espanto  
en el lecho me hallé. Surcaba el llanto  
en copioso raudal mi rostro inerte.

Contra el pecho apretaba sus cabellos,  
temiendo que la mano de la Muerte  
también quisiera apoderarse de ellos.

## VIII

Yo te he deshecho ¡oh, muerta cabellera,  
para que recatases, destrenzada,  
el pudor de una virgen desposada  
que desnuda se vió por vez primera!

La ágil caricia de tus sedas era  
como una primavera perfumada.

Serviste a mis ensueños de almohada,  
y serás mi sudario cuando muera.

Sueltos tus rizos en el aire ondean;  
mis manos, tímidas, por ellos vagan  
sin sus hilos rozar, llenas de miedos,

pues teme mi ilusión que acaso sean  
telarañas de sol, y se deshagan  
al menor movimiento de mis dedos.

IX

Aquí el sillón donde bordar solía  
de las noches de invierno en la velada...  
La frente entre las manos apoyada,  
yo, a la luz de la lámpara, leía.

Cansado la lectura interrumpía,  
y, sonriendo, alzaba la mirada...  
Ella, a veces, mirándome extasiada  
— la aguja entre los dedos — sonreía.

Ahora también parece que la espera  
el vacío sillón, allá en la sombra.  
La lectura interrumpo... El alma entera

palpita de avidez en mis oídos,  
esperando sentir sobre la alfombra  
el ligero rumor de sus vestidos.

X

En la penumbra se destaca el lecho  
 donde la luz solar le sorprendía,  
 apoyada la sien sobre mi pecho  
 y dormida su mano entre la mía.

Brillan las trenzas largas y castañas...  
 Vela sus formas el ropaje blanco...  
 Duermen los ojos bajo sus pestañas,  
 y descansa su mano sobre el flanco...—

“—Duerme y sueña conmigo... No está muerta...  
 Ya la alondra cantó... Mi amor, despierta!  
 Alza tu frente sobre la almohada!—”

Ahoga el silencio el ansia de mi ruego...  
 Y palpo entre las sombras como un ciego  
 que abre los ojos y no mira nada.

XI

Visión que cruzas por mis sueños, dime:  
 ¿qué profundas tristezas te devoran?  
 ¿Por qué tus ojos, si me miran, lloran?  
 ¿por qué tu labio, si me nombra, gime?

Sólo tus manos pálidas e inciertas  
 las antiguas ternuras conservaron,

y cual vivas, ayer, me acariciaron,  
vienen ahora a acariciarme muertas.

Descorren las cortinas de mi lecho;  
penetran, sin dolor, hasta mi pecho,  
a acariciar mi corazón herido...

Su caricia es tan tímida y suave,  
cual si viniesen a curar un ave  
que herida llega a desangrarse al nido.

## XII

¿Qué encanto tiene esa lejana estrella,  
qué mágico poder en ella existe,  
cuando tan pronto de mi amor partiste  
sin dejar el recuerdo de una huella?

La vieja casa, tan alegre y bella,  
desde que tú con su alegría huiste,  
está tan muda, desolada y triste,  
que da espanto y terror entrar en ella.

¿Por qué, por qué nos has abandonado?  
El fuego del hogar está apagado;  
las ventanas cerradas, y si alguna

mano las abre, hasta la luz parece,  
que, llorando el rigor de mi fortuna,  
al entrar en la casa se entristece.

## XIII

Todas las noches a la cita vienes  
no sé de dónde, lívido el semblante,  
los cabellos pegados a las sienes,  
cual los cabellos de una agonizante.

Descorres las cortinas, y te paras  
en el dintel, inmóvil, silenciosa,  
llena de tierra, como si acabaras  
de alzarte de las piedras de tu fosa.

Ni a respirar ante tu faz me atrevo,  
y en tan profundos éxtasis me sumo  
que ni siquiera las pestañas muevo.

Mi ilusión se conforma con mirarte,  
temiendo que tal vez serás de humo  
y pudiera mi aliento disiparte.

### III — LAS ELEGIAS DE LA CASA

#### I

¡Oh vieja estancia familiar, tan triste,  
recordando tal vez en tu interior  
aquel pálido rostro que ayer viste  
entre mis brazos expirar de amor!

Espejo donde ella en la mañana  
se peinaba, temblando de emoción,  
escuchando la voz de la campana  
llamar a misa con alegre son.

Siempre que el campanario toca a misa  
¿no sueñas con su mística sonrisa?  
¿No cruje de dolor al recordar

el rostro blanco, bajo la mantilla  
negra, la fugitiva maravilla  
que nunca volverás a reflejar?

#### II

Horas de soledad. Por la ventana  
sube el aliento del jardín. Suspira  
una copla tristísima y lejana...  
Su faz la luna en los espejos mira.

V I A J E      S E N T I M E N T A L

Hasta el ramo de rosas que en la mesa  
en vieja porcelana desfallece,  
al soplo de la brisa que le besa  
querer hablarme de su amor parece.

Mis ojos no la ven, pero la siento  
vagar en torno mío, en el aliento  
que sube del jardín por la ventana;

y me parece ver en el espejo  
la lunar claridad, como el reflejo  
de alguna sombra de su sombra hermana.

III

Siento un leve rumor sobre la alfombra  
que acarició su pie, y en el sofá  
donde soñó conmigo, ahora su sombra  
para ver mi dolor sentada está.

Y mientras todos duermen en la casa  
y sólo el tiempo late en el reló,  
ella la historia de mi amor repasa  
y llorando a sus pies la escucho yo...

—¿No te acuerdas?—suspira a mi deseo...  
Y abro los ojos, pero no la veo...  
Vibra una campanada en el reló...

Y estremecen la paz de la calleja  
los ecos tristes de una copla vieja  
llorando a alguna novia que murió.

IV

Me apoyo en el alféizar, sollozante,  
llorando con la copla que se aleja,  
y me parece ver su sombra errante  
perderse con la luna en la calleja.

Y el rumor de la fuente me estremece...  
Alguien la luz de mi velón apaga,  
y hasta el aliento del jardín parece  
su aliento, que de nuevo me embriaga.

—En dónde estás ¿en dónde?—digo al viento.  
—¡Aquí! responde, con su mismo acento  
mi labio, tembloroso de emoción...

Y un espanto de muerte me sofoca  
al sentir que su voz sube a mi boca  
del fondo de mi propio corazón!

V

En la quietud de la calleja oscura  
bajo un cielo de esmalte azul y plata,

V I A J E   S E N T I M E N T A L

se perdió la doliente serenata  
perfumando la noche de amargura.

En el silencio nocturnal había  
un lírico y fugaz deshojamiento:  
ecos de coplas deshojaba el viento  
como frágiles rosas de armonía.

Se estremeció el florido jazminero  
de su reja, al oír en la desierta  
calleja los sollozos de un cantar...

¡Viejo cantar de aquel sepulturero  
que al destapar el rostro de una muerta,  
tiró la azada y comenzó a llorar!

VI

¡Oh, muda obscuridad de mi aposento,  
único amor del alma desolada,  
porque en tu negra soledad presiento  
las sombras y el silencio de la Nada!

Como ella en el sepulcro, inmóvil, yerto,  
ya ni latir el corazón percibo...  
Mi espíritu, mi carne, todo ha muerto...  
Sólo el recuerdo permanece vivo!

Acaba, dí, bajo la tierra fría  
del alma prisionera la agonía  
y el cuerpo herido deja de sufrir...?

¿Será como la sombra en que me pierdo  
nuestra muerte? ¡Vivir para el recuerdo  
y para todo lo demás morir!

VII

Al despertar sobre este mismo lecho,  
donde con la flotante cabellera  
cubrió la blanca castidad del pecho,  
cuando desnuda, por la vez primera,

se halló, por mi mirada sorprendida,  
siento los ojos húmedos de llanto,  
cual si todo el encanto de la vida  
se hubiese disipado con su encanto.

¿Quién calmará la fiebre que me abrasa  
los labios, al nombrarla? Todo duermé  
en la paz silenciosa de la casa.

La luz del alba resplandece apenas,  
cual si temiera penetrar, y verme  
llorando siempre por las mismas penas.

VIII

¡Todo se halla lo mismo! La almohada  
donde inclinó la moribunda frente,

allá, en el fondo de la aleoba, siente  
nostalgias de cabellos de otra amada.

La luna polvorienta y empañada  
que reflejó su palidez doliente,  
mañana ha de copiar, indiferente,  
de alguna nueva amante la llegada.

¡Nadie se acuerda de la pobre muerta!  
Sólo cuando la luz solar expira  
y el viento agita la ventana abierta,

se estremecen las teclas, y el piano  
parece que, nostálgico, suspira  
buscando las caricias de su mano.

## IX

La hora nocturna tu perfume siente.  
Me hablan los astros de tus ojos bellos,  
y aún me parece que calladamente  
tus dedos acarician mis cabellos.

Apagando en la alfombra tus pisadas  
llegas, Arcángel de mi Guarda, al lecho,  
y separas mis manos enlazadas  
sobre la angustia que me oprime el pecho.

F R A N C I S C O V I L L A E S P E S A

Y siempre miro con melancolía,  
cómo tu imagen va borrando el día  
alboreante en el balcón abierto.

En un frescor de azul te has extinguido  
y aún suspira tu voz:—Todo ha concluído...  
¡Tú eres para el amor igual que un muerto!—

#### IV — ELEGIAS CAMPESTRES

##### I

Mano que me ofreció la Eucaristía  
de un santo amor, fragante mano que era  
como la mano de la Primavera:  
todo cuanto tocaba florecía...

Sueña con tu calor mi helada mano,  
la tórtola te arrulla en los viñedos,  
y aún conservan las huellas de tus dedos  
las teclas polvorosas del piano.

La paloma que tanto acariciaste,  
desde que sola y triste la dejaste  
saudosa de tus sedas se moría...

—Ve a buscarla!—le dije... Tendió el vuelo...  
¡Y la paloma se perdió en el cielo,  
cual la paloma de la Eucaristía!

##### II

Penetro en el jardín abandonado,  
y sobre el banco aquel viejo y musgoso  
donde ella tantas veces a mi lado  
se sentó, busco un poco de reposo.

Me envuelve una fragancia de jazmines,  
y me entristece el agua de la fuente,  
como si el corazón de los jardines  
llorase en ella a nuestra amada ausente.

En esta misma hora, a sorprenderme  
venía por la senda silenciosa,  
y entre las rosas se asomaba a verme.

Y su sonrisa cariñosa y franca  
se abría en su faz, como pequeña rosa  
de fuego en medio de otra rosa blanca.

### III

Aquí fuimos felices. Aquí he oído  
la voz de Dios que por su voz me hablaba,  
en el silencio del jardín florido  
mientras el claro cielo se estrellaba.

Aquí fuimos felices. Este banco  
sintió temblar sus brazos a mi cuello,  
y al palor de la luna era más blanco  
su rostro, entre el negror de su cabello.

Colmada está la copa de mi pena,  
y se va a desbordar en la gran calma  
azul y plata de la luna llena.

Algo le dice al corazón que espere,  
y en el hondo silencio escucha el alma  
la eterna voz de lo que nunca muere.

IV

El palpar sonoro de la fuente  
—corazón del jardín — me estremecía,  
recordando la mano de la ausente  
que a refrescarse en su cristal venía.

Los peces están tristes. No fascina  
el purpúreo fulgor de sus escamas,  
ni entre el verdor algal de la piscina  
libran batallas de movibles llamas.

Fueron perdiendo su color... En vano  
sueñan con las migajas de su mano...  
Esta tarde hallé dos, flotando yertos

sobre el verdín del agua sosegada,  
y en los cristales de sus ojos muertos  
ví su divina imagen reflejada

V

Al vetusto molino sombra presta  
vieja vid de racimos de amatista.  
Entre el vivo verdor de la floresta  
su blancura de cal ciega la vista.

Cuando el calor abrasa la garganta  
 del segador, curvado en los trigales,  
 y se asfixia la voz y solo canta  
 —bajo el sol — la cigarra en los parrales,

buscando su freseor llego al molino,  
 y sentado a la sombra de su puerta  
 me pongo a contemplar aquel camino

cubierto de floridas zarzamoras,  
 donde una tarde nuestra novia muerta  
 se hirió los dedos al coger las moras.

VI

El blanco polvoriento del camino  
 bajo el espeso robledal se pierde,  
 buscando la blancura del molino  
 medio velada entre el ramaje verde.

Desnudo el brazo lava en la frescura  
 de los cubos, la rubia molinera,  
 mientras con ritmos de cristal murmura  
 una fresca canción de Primavera.

Al sentirme pasar se queda muda.  
 Con unas *buenas tardes* me saluda  
 en una voz que apenas si se siente,

mientras alguna lágrima callada  
resbala por su faz enharinada  
y se va, con la espuma, en la corriente.

VII

Entre rumor de besos y de risas  
van las doncellas a lavarse al río  
bajo la luna de San Juan. Las brisas  
dan ensueños de aromas al vacío

hogar sin risas, donde vivo muero,  
intentando anudar los rotos lazos,  
y tendidos los brazos, aún espero  
a la que nunca volverá a mis brazos!

Doncellas que a lavaros váis al río  
¡tened piedad de mi dolor sombrío,  
y callad al pasar bajo mis rejas!

No aumente mi penar vuestra alegría...  
No hay miel en el panal de mi poesía...  
¡se murieron con ella mis abejas!

VIII

En el Oriente ya reina la noche.  
Suben cohetes con sonoros vuelos,  
y cual flores de luz abren su broche  
en el azul profundo de los cielos.

Hay en el aire estruendos de campanas.  
Lanza una banda su vibrante son,  
y se iluminan todas las ventanas  
al paso de la santa Procesión.

Llaman roncacas las voces femeninas  
a la Virgen que pasa bajo flores...  
Sólo sin luces vése mi balcón,

y en sus hierros dos negras golondrinas  
se dicen, gorjeando, sus amores...  
¡Y se muere de envidia el corazón!

IX

Un alegre rumor de romería  
invade el Adro de la Ermita. Llena  
la tarde el campanario de alegría.  
Huele el aire a albahaca y a verbena.

Va a entrar la Procesión. Solo, perdido  
entre gentes de bien, alborozadas,  
miro subir — bajo un palio florido —  
la Virgen en sus andas plateadas.

Hay ojos negros húmedos de llanto.  
Tiemblan luces de cirio; las casullas  
lanzan vivos relámpagos de oro.

V I A J E   S E N T I M E N T A L

Yo pienso en un lejano camposanto;  
siento saudades de caricias suyas;  
doblo la frente, me arrodillo y lloro.

X

La matraca en lo alto de la torre,  
con un redoble de tambor, golpea,  
mientras la lenta Procesión recorre  
las soleadas calles de la aldea.

Va delante, la túnica morada  
y el madero en el hombro, el Nazareno,  
y le sigue su Madre, acongojada,  
por siete espadas traspasado el seno.

Silente Procesión del Jueves Santo...  
Sólo un rumor de pasos... De repente  
como una oculta pena rota en llanto

solloza una saeta fugitiva...  
Solo, camino en medio de la gente,  
soñando siempre con mi muerta viva.

XI

Todos se fueron a la Nochebuena  
entre rumor de alegres villancicos.  
Solo quedé en la casa con mi pena.  
La luna daba a los nevados picos

traslucidades de cristal. Había  
paz en los campos y la aldea lejana  
parecía dormir. Sólo se oía  
el constante clamor de la campana.

Cerré las puertas del balcón. Temblando  
al fuego me acerqué, y con los ojos  
clavados en las áscuas fuí evocando

recuerdo de otras horas más tranquilas,  
creyendo ver en los carbones rojos  
crepitar el ardor de sus pupilas.

XII

Quiero morir, besando tu recuerdo,  
aunque él me mate al enconar mi herida.  
¡Si en tu memoria al expiar me pierdo,  
será tan bello abandonar la vida!

Eres un culto. En mi vagar incierto  
dentro del corazón vas escondida...  
¡Qué importa que tu cuerpo duerma muerto  
si tu alma en mi alma es toda vida!

Te has metido en mis venas, y te siento  
palpitar con mi sangre, de tal modo  
que sólo vivo a expensas de tu aliento;

tú fuiste para mí, luz y alegría,  
¡y ahora para mi amor aún lo eres todo,  
porque mi amor te dió cuanto tenía!

XIII

Entre las pompas del jardín florido  
se destacaba su perfil escuálido,  
la gris austeridad de su vestido  
y la tristeza de su rostro pálido...

Con sus ojos de tísica, y su eterno  
gesto de mártir que el suplicio espera,  
pasaba por aquella Primavera  
como un presentimiento del Invierno.

Las rosas de repente se secaron;  
los ruiseñores del jardín callaron...  
Temblor de cuerpo que a la muerte cede

entre mis brazos le agitó... Y había  
aún en su rostro la melancolía  
del que va a sonreír y ya no puede.

XIV

En la serenidad de esta tristeza  
que ni consuelo ni piedad concibe,  
a veces una voz musita:—Reza...  
El cuerpo ha muerto, pero el alma vive.—

Y yo escucho la voz, y sigo triste  
recordando este amor hasta que muera...  
Otro consuelo a mi dolor no existe,  
ni otro quiero tampoco aunque existiera!

Recordarla, de nuevo recordarla,  
que recordarla es otra vez amarla,  
con un amor tan hondo, puro y fuerte

como el alma sentir nunca podrá...  
—más grande que la vida y que la muerte—  
¡con un amor sin esperanza ya!

## XV

Al mirarme pasar tan solo y triste  
a estas gentes inspiro compasión...  
¡Aún la piedad en esta tierra existe  
y aún tienen estos pobres corazón!

Estas viejas criadas que me adoran...  
—¡Valor!—tan sólo saben pronunciar,  
y casi todas al hablarme lloran  
sólo porque me ven a mí llorar.

Hasta el viejo lebrel entre callado.  
Sobre sus finas patas apoyado  
se pone mi faz pálida a mirar

con tan fija ansiedad, que me parece  
que el iris de sus ojos se humedece  
cual si quisiera mi dolor llorar.

## XVI

La lámpara parece que está triste.  
El mismo fuego que ahuyentó tu frío  
calienta a todos cuantos tú quisiste...  
Tan sólo su sillón está vacío.

La niña viste su muñeca. Siente  
el mismo afán materno que sentías  
cuando en tu falda a ella, sonriente,  
con tus frágiles manos la vestías.

Nos hace sonreír tanta ternura.  
—¡Si su madre la viese!—alguien murmura.  
Un sollozo de llanto nos sofoca...

y la niña contempla con espanto  
nuestras pupilas húmedas de llanto  
mientras tiemblan las risas en su boca.

XVII

¡Campanero del pueblo, campanero,  
no me despiertes más, tocando a misa!  
¡Deja que duerma, que durmiendo espero,  
seguir soñando con mi pobre Elisa!

A mi lado, tan cerca la veía,  
antes que tu tocar me despertara,  
que en mis mejillas resbalar sentía  
el tibio terciopelo de su cara.

¡Campanero del pueblo, campanero!  
Despierto, y solo, de terror me muero  
en esta habitación que oyó su risa.

¡Sólo en sueños la ve mi vida enferma!...  
¡No me despiertes más, deja que duerma  
soñando para siempre con mi Elisa!

## V — LAS VISIONES

### I

En la alta torre del dolor cautivo  
amarrado al recuerdo con cadenas,  
como la sombrá de Ugolino, vivo  
devorando a los hijos de mis penas.

¡Si tu mano descorre los cerrojos  
y a mi negra prisión llegas a verme,  
al mirarme en el fondo de tus ojos  
ni yo mismo podré reconocerme!

A veces por mis sueños áurea avanza  
la fugaz ilusión de la esperanza,  
mas siempre melancólico despierto

y me hallo, solo, en mi prisión cautivo,  
muerto para la vida, y solo vivo  
para sentirme cada vez más muerto.

### II

En las horas de sentimentalismo,  
cuando las manos torpes buscan algo  
que acariciar, como un minero salgo  
del hondo subterráneo de mí mismo.

Ciega la luz mi vista dolorida  
de indagar los secretos de la sombra,  
y hasta la voz amiga que me nombra  
me parece una voz desconocida.

Tras los turbios cristales de mi llanto  
perdió la vida su celeste encanto...  
Todo cuanto me cerca me da enojos,

pues para mí, la dicha y la belleza,  
no estaban en tu amor, Naturaleza,  
sino en el fondo de sus negros ojos!

### III

Pasó por mis ensueños como pasa  
por un labio de enferma una sonrisa.  
Dejó un rumor de sedas en la casa  
y un perfume de rosas en la brisa.

Llegó a mi cruz y de mi herida frente  
fué arrancando, una a una, las espinas,  
y se perdió en el cielo suavemente  
como aquellas divinas golondrinas.

En mí mismo la busco con empeño,  
soñando en nuestra casa abandonada...  
¿Fué realidad o todo ha sido un sueño?

pregunto suspirando al despertar...  
Y hace tres años que pregunto... Y nada...  
¡Ninguno me ha sabido contestar!

## IV

El índice en el labio, tan ligera  
 como en un sueño, de mi hogar se fué,  
 sin voz diciendo a mi inquietud—"Espera...  
 No me lames que pronto volveré."—

Y hace tres años que la espero en vano.  
 Tengo los ojos ciegos de llorar...  
 La piedad infinita de su mano  
 no ha vuelto mi mejilla a acariciar.

Al más tenue rumor, al leve ruido  
 de un viejo cortinaje estremecido,  
 mi corazón se para de repente...

Sueño que entrar de nuevo la veré,  
 el índice en el labio sonriente,  
 silenciosa, lo mismo que se fué.

## V

Al sentirme tan solo en el seguro  
 refugio de mi alcoba, sin asombro  
 miro pasar, con la guadaña al hombro,  
 la sombra de la muerte sobre el muro.

Santos recuerdos de la amada ausente  
 pueblan las soledades de mi casa.  
 No la miran los ojos cuando pasa,  
 pero mi triste corazón la siente.

Y al borrarse el recuerdo todo esa.  
 No late el corazón; la sombra pesa...  
 Celeste luz que en mi interior percibo,

vago perfume que en el alma advierto  
 ¡queréis quizás resucitar un muerto,  
 porque yo no soy más que un muerto vivo!

VI

Alguien le dijo al corazón — ¡Despierta!  
 En el viejo reló tiembla la hora,  
 y ya cansada de esperarte llora  
 la blanca sombra de la amada muerta.

A tu oído, su voz débil e incierta  
 que abras los ojos al recuerdo implora,  
 antes que su primer llanto la aurora  
 sobre la tierra adormecida vierta.

Aún te espera su amor. ¡La blanca mano  
 que alisó tu revuelta cabellera  
 te brinda aromas de un abril lejano...

¡Abre los ojos a ese amor risueño!—  
 ¡Oh, Sol! maldito sol de Primavera  
 ¿por qué disipas tan divino ensueño?

VII

Sobre un mar de recuerdos se levanta.  
 Entre las claridades de la veste

surge su rostro, como el de una santa,  
nimbado de una luz ultra-celeste.

Silenciosa se acerca hasta mi lecho,  
clavando en mis insomnios sus miradas,  
y con la mano me señala el pecho  
atravesado por las siete espadas.

No sé lo que me dice. Se diría  
que es Dios el que me habla... Y cuando el día  
mi realidad despierta, me apercibo.

que está húmeda de llanto la almohada...  
¿Fuí yo llorando por la muerta amada  
ó ella llorando por su amado vivo?

## VIII

Algo le dije al corazón... “—Espera.  
La que en tus brazos sucumbió de amores  
volverá a sonreírte, entre las flores  
de una lejana y dulce primavera.

Bajo la luz de otra remota esfera,  
de un sol desconocido a los fulgores,  
disiparán de nuevo tus dolores  
los besos de tu amante compañera.—”

La volveré a encontrar en otra vida,  
y cruzaremos en las noches bellas  
unidos de la mano, la avenida

poblada de jazmines y de rosas,  
 viendo relampaguear a las estrellas  
 a través de las ramas rumorosas.

IX

—¡Va a llegar!—insistente lo asegura  
 el eco de un misterio a mis oídos;  
 y—¡Va a llegar!—mi corazón murmura  
 suspendiendo de gozo sus latidos.

Abro los ojos, pero nada veo;  
 en las tinieblas ni un rumor percibo...  
 ¡Siglos de expectación y de deseo  
 en este instante de silencio vivo!

Descorre las cortinas de la sombra  
 una mano de luz... Alguien me nombra...  
 Claridades su túnica destella...

Aire de eternidad mi aliento aspira,  
 y sonriendo tímida me mira  
 con los ojos profundos de Ligeia.

X

En todos los crepúsculos te veo  
 arder entre lo verde de las ramas,  
 como una roja imagen del deseo  
 envuelta en una túnica de llamas.

Te da el alba su rosea vestidura;  
y en los mares fragantes y sonoros  
el meridiano vela tu figura  
con la imperial fulgencia de sus oros.

Y en las noches serenas, sostenida  
entre coros de vírgenes y santas,  
en el cielo apareces como una

Purísima, de azul toda vestida,  
coronada de estrellas, y a tus plantas,  
refulgente de luz, la media luna.

## XI

La vida para mí perdió su encanto.  
Fué un eterno Calvario mi jornada,  
y es que mis ojos han llorado tanto  
que ya no puede interesarles nada.

Retorno a mis obscuras soledades.  
Bajo el claro fulgor de las estrellas  
crucé con mi inquietud tantas ciudades  
que no conservo ni memoria de ellas.

A todo afecto humano indiferente  
camino a solas entre tanta gente,  
y en el arcano porvenir me pierdo...

¿A qué luchar cuando el amor no existe?  
¡Ya que morir con ella no supiste,  
anda a enterrarte vivo en su recuerdo!

## VI — POR TIERRAS DE SOL

### Y DE SANGRE

#### I

Buscando en la inquietud de los viajes  
consuelo a este dolor que me domina,  
crucé ciudades y admiré paisajes  
en un vuelo fugaz de golondrina.

Y sus ojos oscuros y febriles  
siempre a mi lado, contemplaron fieles  
mis nostalgias en los ferrocarriles  
y mis noches de insomnio en los hoteles.

Siempre en mis ojos con amor clavados,  
me hablaban de otros mundos ignorados,  
dando a las cosas su melancolía...

La tierra fué como una tumba abierta  
y ¡cómo no! si el alma la veía  
a través de los ojos de una muerta.

#### II

En férreas contracciones de serpiente  
ondula el tren por la campiña verde;

cruza en nervioso trepidar un puente  
y en la sombra de un gran túnel se pierde.

Surge a la gloria de la luz dorada  
de la tarde, silbando, entre el ramaje,  
y de nuevo se alegra la mirada  
con la fresca belleza del paisaje.

En un bosque fragante de naranja  
chispean los cristales de una granja  
cuyo blancor refléjase en la ría...

Se pierde nuestro sueño en la floresta...  
—Ella, y una casita como ésta...  
¡Bien poco era, Señor, lo que pedía!

### III

Frescura matutina del paisaje...  
Verdores temblorosos del rocío...  
A veces bajo el túnel del ramaje  
brilla al sol la serpiente azul del río.

Hay olor de vendimia en los parrales.  
Un silencio de paz duerme en la aldea...  
Sólo algún perro ladra en los umbrales  
del viejo hogar madrugador que humea.

En la azul palidez de la mañana  
cerrada para siempre la ventana  
de las nocturnas citas... ¡Con su hojas

dosel la enredadera le tejía,  
y su pálido rostro sonreía  
entre un temblor de campanillas rojas!

IV

Mientras la fuente su canción moruna  
desgrana, y el azul su luz destella  
sobre el jardín, un rayo de la luna  
la sombra dibujó de Aben-Humeya.

Entre el astral fulgor de la armadura  
flotaban sobre su perfil estoico,  
harapos de la regia vestidura  
como jirones de su sueño heroico.

—¡Héroe!—le dije Nuestro afán fué vano.  
Vino la muerte, cuando ya tendida  
a coger el laurel iba la mano.

Igual estrella nos brindó la suerte,  
pues si un amor te arrebató la vida  
también a mí otro amor me da la muerte.

V

El alba ciñe las primeras rosas  
sobre el espejo de la mar bruñido,  
y agranda las pupilas ojerasas  
la expectación de lo desconocido.

El Sol disipa el matinal celaje,  
y los brazos se tienden doloridos  
ansiosos de acabar nuestro viaje  
entre otros brazos, el amor tendidos.

¡Zarpemos otra vez! En la borrosa  
tarde, se esfuma hasta el lejano monte...  
La playa se va a hundir... Ahora ¡quién sabe

en qué isla desierta y fabulosa,  
sus ojos sondearán el horizonte  
esperando el arribo de mi nave!

VI

*Almería.*

En el espejo de tu mar tranquila  
la mole secular de la Alcazaba,  
como en el fondo azul de una pupila  
su morisca silueta recortaba.

En el áureo fluir del Mediodía,  
reclinada en mi seno su cabeza,  
hinchaba el pecho y la pupila abría  
para aspirar tu cálida belleza.

Y había besos y cánticos y risas  
en su boca, en mi boca y en tus brisas...  
Pasó el ensueño de la Juventud...

Y, enlutado y sin fe, surco tus olas  
en negra barca, con mi pena a solas,  
igual que un muerto sobre un ataud.

VII

*Granada.*

Bajo el sopor canicular se enerva  
la calle tortuosa de misterio,  
donde amarilla y flácida la hierba  
crece como en un viejo cementerio.

El sol ciega... Las puertas entornadas  
esperan algo que vendrá seguro,  
ahogando en el silencio sus pisadas  
y arrastrando su sombra sobre el muro.

La obscuridad de pobres interiores  
acuchillan de luz los resplandores  
de familiares cobres, y en el fondo

la vaga y verde claridad del huerto...  
Reina un silencio tan pesado y hondo  
como si todo se encontrase muerto.

VIII

*El Albaicín.*

Con pereza oriental en la colina  
dormita ébrio de sol el Albaicín.

Torcida higuera su ramaje inclina  
entre rojos tapiales de un jardín.

Una acritud de fruta ya madura  
y podrida, trasciende del vergel,  
mientras el fuego de la calentura  
va esculpiendo las venas en la piel.

El arco de una arábica cisterna  
nos brinda el eco de su agua interna  
que nunca doró el sol, y la frescura

de su sombra antiquísima... Y advierte  
la carne en su pesada calentura  
la fiebre de la Vida y de la Muerte.

IX

*Generalife.*

En las aristas de las altas cumbres  
la última brasa de la tarde humea.  
Un silencio de paz duerme en la aldea  
que eleva entre los huertos sus techumbres.

Y al corazón aquieta una saudade  
de beatitud, mientras la sombra oscura  
con su mudo oleaje de pavura  
la soledad de mi aposento invade.

Entre un fresco perfume de jazmines,  
—surtidor de cristal—se eleva una  
voz, que es como la voz de los jardines,

donde la luna su fulgor destella...  
Y el ruiseñor y el rayo de la luna  
me hicieron sollozar pensando en Ella!

X

*Córdoba.*

En el sopor canicular dormita  
el alma con sus épicas quimeras,  
bajo los arcos de la gran Mezquita  
como en un viejo bosque de palmeras.

De pronto el basto antiguo resucita  
con pompas de orientales primaveras.  
Resplandecen los muros, y palpita  
el aire en un desfile de banderas.

Fulge bajo las níveas vestiduras  
el oro de las finas armaduras...  
Abro los ojos, pálido, y contemplo

la faz de un viejo Cristo ensangrentado  
— símbolo de mi vida—abandonado  
en la medrosa obscuridad del templo.

## XI

Abajo la ciudad dormida queda...  
Sobre el silencio de las calles solas  
flota, cual plateada polvareda,  
la neblinosa luz de sus farolas.

Sólo de vez en cuando la armonía  
de la nocturna beatitud profana,  
el alerta lejano del vigía  
o el sonoro temblor de la campana.

—¿Adónde vamos, alma? Allá en la cumbre  
desmesurada cual tu propio anhelo  
encontrarás la misma incertidumbre...

Es la hora santa de soñar... Detente...  
Las estrellas te miran desde el Cielo  
con las mismas miradas de la Ausente...

## XII

*Muley-Hacem.*

Hice de tanto orgullo una armadura  
y calada hasta el fondo la visera  
crucé la tierra infatigable y dura  
para que nadie sollozar me viera.

Entre la plebe de mi gloria esclava  
 pasó triunfal mi juventud altiva,  
 mientras sangrando el corazón, llevaba  
 todo el cuerpo y el alma en carne viva.

En el altar de su recuerdo inmolo  
 las armas que me hicieron invencible;  
 y siento la orgullosa pesadumbre

y el soberbio dolor de quedar solo  
 con un sueño de amores imposible  
 sobre el silencio helado de la cumbre.

XIII

*Toledo.*

Vieja ciudad de hierro, por tu cielo  
 de refulgentes brillos de metal,  
 aun proyecta la sombra de su vuelo  
 el águila bicéfala, imperial.

En tus fraguas se forjan los aceros  
 que esperan, rojos de inmortal ardor,  
 las manos de los bárbaros guerreros  
 que ungirán al futuro Emperador.

Algún oído escuchará la fuerte  
 palabra, vencedora de la Muerte,  
 que late en tu silencio sepulcral.

Un sol de gloria fulgirá en el cielo,  
y el águila imperial detendrá el vuelo  
sobre la aguja de tu Catedral.

XIV

*Burgos.*

Turbando el eco de tu vieja plaza  
con el estruendo del clarín sonoro,  
tú me viste partir, bordado en oro  
el timbre de tu escudo en mi coraza.

Oíste en el alba de un pasado muerto  
de tanta gloria, retemblar la tierra,  
al galopar de mi corcel de guerra  
todo de sangre hasta los pies cubierto.

Y exclamaron llorosas tus villanas  
reteniendo el rendaje:—No prosigas...  
¿No oyes doblar por ella las campanas?

Y a la lucha volví, callado y fuerte,  
a buscar en las lanzas enemigas  
el olvido glorioso de la Muerte.

XV

*Salamanca.*

Cuando la sombra de tus venas fluye  
en la fragancia musical del viento

crepuscular, huir la vida siento  
por los ojos, sin ver adonde huye.

Y me encuentro perdido en las marañas  
obscuras de tus lóbregas callejas,  
entre los hilos de leyendas viejas,  
como en red de invisibles telarañas.

Y apoyada la diestra sobre el hierro  
de la espada, mi altiva frente agacho  
y me descubro al ver pasar mi entierro...

Y tras su sombra de un rumor de seda  
camino, retorciéndome el mostacho,  
como el Don Félix que cantó Espronceda.

## VII — SAUDADES DE PORTUGAL

### I

*Coimbra.*

La Quinta de las Lágrimas... La Fuente  
de los Amores, donde Inés de Castro  
tras los desnudos pies dejando el rastro  
tibio y purpúreo de su sangre ardiente;

el cabello de oro suelto al viento,  
por sus fieros verdugos perseguida,  
conteniendo la herida y sin aliento,  
cerró los ojos y cayó sin vida,

me vió llorar por tí. La luz moría  
entre un temblor sonoro de campanas.  
Coímbra sus luminarias encendía,

y sonaban confusos y distantes  
melancólicos fados de tricanas  
y alegres guitarradas de estudiantes.

### II

Contigo yo soñé vagar, por estas  
calles que me recuerdan mi Granada,

## V I A J E   S E N T I M E N T A L

con sus casas antiguas y sus cuestras  
y un aire de ciudad desenterrada.

Acaso tras alguna celcsía  
de esta noble mansión vieja y desierta,  
un poeta estudiante lloró un día  
viendo entre cirios a su novia muerta.

Y tú fuíste la amada hermosa y pura;  
yo el poeta que vió tus palideces  
entre blandones, por la reja abierta,

pues esta inmensa pena me asegura  
que yo he sido poeta muchas veces  
porque más de una vez te lloré muerta.

### III

¡Oh, sereno Mondego, en tus cristales  
a la luz de la luna se retrata  
la ciudad con sus luces nocturnales  
sobre un fondo de álamos de plata!

¡Legendaria corriente de poesía,  
dí si en tu curso misterioso viste  
alguna faz más pálida y más triste  
y una pena más honda que la mía?

Yo busco tu ribera silenciosa  
para soñar con su visión radiosa  
en estas claras noches estivales,

mientras la luna, pálida hilandera,  
 en su rueca de plata hila ligera  
 sus ensueños de luz en tus chopales.

IV

*Glosa de Camoes.*

Catalina de Atayde, por la pena  
 de tu amante inmortal, por su agonía  
 ¡oye mi voz que trémula resuena  
 y atiende el ruego de la pena mía!

Si en el etéreo azul tu hermana viste,  
 os hizo hermanas un amor tan fuerte,  
 dile que vivo tan obscuro y triste  
 que mi vida no es vida, sino muerte.

Si es verdad que hay un Cielo y hay un Dios,  
 ir de rodillas a rogar las dos,  
 ¡por la amargura que sentí al perderla,

por todas las tristezas que sufrí,  
 que tan pronto de aquí me lleve a verla,  
 cuan pronto a ella se llevó de mí!

V

Los ojos del crepúsculo de estío  
 bajo las duras cejas de la puente,  
 reflejaban las brasas del Poniente  
 sobre el espejo de cristal del río.

## V I A J E   S E N T I M E N T A L

Rumor de las campanas vesperales  
hizo temblar de conmoción el agua,  
y avanzó lentamente la piragua  
entre sangrientos bancos de corales.

Apagaba sus fuegos el paisaje...  
Yo, tembloroso, musitó:—¿Me amas?—  
Y hasta la astral blancura de tu traje

ruborizóse repentinamente,  
como si te envolvieran en sus llamas  
las celosas pupilas del Poniente.

### VI

*Lisboa.*

Era un sueño de plata la bahía  
al rielar espumoso de la luna,  
y en su fondo Lisboa se veía  
como encantada bajo una laguna.

Desgarraba el silencio la sirena  
de un vapor. En el aire se aspiraba  
como el perfume de una vieja pena  
en la voz de algún fado. Yo soñaba

apoyado en la borda, contemplando  
el hervor de las olas, con la pálida  
dulce silueta de la Ausente, cuando

ví las estrellas palpitar tranquilas  
sobre las aguas, y sentí la cálida  
sensación del mirar de sus pupilas.

VII

Hasta la soledad de mi aposento  
bajo el misterio de un luar de plata,  
entre aromas de rosas, finge el viento  
el rumor de una triste serenata.

¡Guitarra portuguesa, más doliente  
que las guitarras de mi Andalucía,  
entre tus cuerdas sollozar se siente  
como un recuerdo de la pena mía!

Fados que hablan del mar, de marineros  
que en vano esperan sus enamoradas  
a la luz de los pálidos luceros,

no sé qué inmenso amor os aquerella,  
que no puedo escuchar vuestras tonadas  
sin recordarla y sin llorar por ella!

VIII

De la tarde a los últimos fulgores  
cansado y triste a la ciudad volvía  
de dejar el recuerdo de unas flores  
sobre la tumba de Manuel Cardía.



La historia del suicida enamorado  
que tuvo el noble y generoso empeño,  
de antes de ver su ensueño disipado  
morir en holocausto de su ensueño,

llenaba el corazón de una secreta  
y honda pena... La última violeta  
de la tarde empezaba a deshojarse...

Maldije lo cobarde de mi suerte...  
¡Odiar la vida y desear la muerte  
y no tener valor para matarse!

IX

La nave va a zarpar. Sobre la borda  
contemplando el adiós de los pañuelos,  
siento una pena intransigente y sorda  
que no admite esperanzas ni consuelos.

La lejana ciudad se difumina  
en el oro sangrante del Poniente,  
y entre el cielo y el mar, sigo inconsciente  
el vuelo audaz de algún ave marina.

La luz cierge fugaces claridades,  
y la nave es un ave sorprendida  
entre el azul de dos eternidades.

El mar me invita abriéndose a mis pies...  
¡No me detiene el ansia de la vida  
sino el temor a lo que habrá después!

## VIII — TERMINUS

### I

La luz crepuscular propicia era  
para desenterrar viejos amores,  
oyendo gorjear los ruiseñores  
en la frescura de la Primavera.

De ella impregnada la floresta verde  
perfumaba de paz mi pensamiento  
con ese olor de rosas que se pierde  
en la azulina suavidad del viento.

En la fragancia azul de su mirada  
toda su pobre alma perfumada,  
me dieron las violetas ojeras...

Así su vida entera me entregaron  
las oscuras pupilas vidriosas  
que al beso de la Muerte se cerraron!

### II

Es la existencia para mí un recuerdo,  
laberinto de pena y de poesía,  
donde como un sonámbulo me pierdo  
ciego de luz y sordo de armonía.

Solo, mi propia soledad me espanta;  
cantando voy y mi canción la nombra...  
Soy como un niño que de noche canta  
para espantar los miedos de la sombra.

Como un hidalgo místico del Greco,  
ante el ensueño y la quimera heroico  
y en la mezquina realidad cobarde.

Y pasaré en la vida como un eco  
de flauta, por el campo melancólico  
bajo la paz dorada de la tarde.

### III

En la paz de este bosque taciturno  
un obscuro pavor la noche exhala,  
y nos roza el presagio, como el ala  
agorera de un pájaro nocturno.

Danzan, cual fuegos fátuos, los destellos  
del agua entre el ramaje ensombrecido,  
y de los lobos el lejano aullido  
eriza de pavor nuestros cabellos.

La luz de algún hogar rutila clara,  
como remota estrella protectora...  
¡Si aún Ella, junto al fuego me esperara

—perfil de castellana de leyenda—  
rogando a Dios por los que en esta hora  
caminan solos por las negras sendas!

## IV

Va cayendo la lluvia cenicienta,  
y la ciudad nos dá la sensación  
—bajo la mancha gris de la tormenta—  
de un capricho de Goya hecho al carbón.

Tiembla de frío el alma del paisaje;  
de una campana se deshace el són,  
y un pájaro se esponja su plumaje  
en los hierros mojados del balcón.

Vaga en la estancia el humo de mi aliento;  
llora la lluvia lenta en los cristales  
y se deshoja el último rosal,

mientras mi dedo va trazando lento  
de su nombre borrosas iniciales  
en las turbias tristezas del cristal.

## V

Empañando el cristal de las ventanas  
siento la lluvia lenta descender  
sobre las viejas calles provincianas  
humedeciendo el gris atardecer.

El aire pegajoso tiene un frío  
y agrio sabor a hierro y a humedad...  
¡Todo el plumizo peso de su hastío  
desploma el Cielo sobre la ciudad!

## V I A J E S E N T I M E N T A L

Parece que las casas deslucidas  
se juntan y se oprimen ateridas...  
La lluvia sobre el triste camposanto,

filtrándose en los nichos entreabiertos,  
¡qué turbia y vaga sensación de llanto  
dará a las cuencas de los ojos muertos!

### VI

Como una esponja el alma del paisaje  
absorbe todo el gris crepuscular,  
y roneo el viento ensaya entre el ramaje  
las contracciones del lejano mar.

Las ráfagas de lluvia en los cristales  
se estrellan, golpeando con furor,  
y un relámpago pinta en los umbrales  
desenterrada imagen de mi amor.

Sobre el inmaterial blancor del cuello  
flota la tempestad de su cabello  
fosforescente en el turbión obscuro.

Dura lo que un ligero parpadeo...  
Abro los ojos, y tan sólo veo  
el temblor de mi sombra sobre el muro.

VII

Llora la lluvia lenta en los cristales,  
y el paisaje se ve confuso y vago  
a través de los grises otoñales,  
como en el fondo trémulo de un lago.

Yo sueño con la tierra que me espera  
para dormir, con la última fragancia  
de una desenterrada Primavera  
que da aromas de rosas a mi estancia.

Recogimientos del dolor, dispersos  
arrullos de palomas, viejos versos  
con dulzuras de miel ¿dónde habéis ido?

¡Alma, regresa a tu silencio, y piensa!...  
¡La pena de perderla es más intensa  
que el orgullo de haberla poseído!

VIII

Encanto fugitivo de la hora...  
Llamaradas de sol entre los pinos...  
Llanto de sangre que la tarde llora  
sobre el polvo y la paz de los caminos.

Empañando la atmósfera serena  
el húmedo perfume del paisaje,

V I A J E    S E N T I M E N T A L

y el golpear del hacha que resuena  
cual quejido de muerte entre el ramaje.

—¡Si tienes un amor, por él, buen hombre,  
atiende el suplicar de este poeta  
muerto a la vida en plena juventud!

Y de ese tronco en que grabé su nombre,  
ya que tu hacha ni el amor respeta,  
sierra las tablas para mi ataud!

## IV — ORACIONES

### I

Sobre la tierra una visión tan pura  
no contempló jamás pupila humana...  
Es la única esperanza del mañana  
y eterna como el tiempo es su hermosura.

Sueño que en nuestros párpados perdura,  
recuerdo acaso de otra edad lejana...  
Ella es al par esposa, madre, hermana...  
¡todo lo que es cariño y es ternura!

Cruza por los tumulteos de la vida,  
el índice en los labios sonrientes,  
imponiendo silencio a las pasiones...

Al verla aparecer todo se olvida,  
y florece en los labios inconscientes  
la flor de las primeras oraciones!

### II

Aún vive en su prisión el alma mía  
del recuerdo inmortal de tus amores.  
Eres tú para mí lo que esas flores  
que aun muertas nos perfuman todavía.

Herido de mortal melancolía  
vivo, sin esperar tiempos mejores,  
a solas ocultando mis dolores  
y esperando que acabe esta agonía.

Aún vives en mi triste pensamiento  
calmando con tu voz mis hondas penas  
y dando alguna tregua a mi tormento.

Y vas a mi existencia tan unida  
que te siento correr entre mis venas  
como la sangre de mi propia vida!

### III

La Luna en el jardín está encantada...  
El hilo de la fuente es un diamante  
que se para en los aires un instante  
para aromar de luz a la enramada.

Voz de revelación... En la callada  
soledad de la noche alucinante  
leve blancor de túnica flotante  
estremece la senda enarenada.

¡Es ella, es ella!... Avanza silenciosa  
con su traje de sueño, atravesado  
el pecho, como una Dolorosa...

Se desliza a mi lado como una  
sombra de luz, y muere en el callado  
misterio tembloroso de la Luna.

IV

La paz del triste corazón se aleja  
y en la inconsciencia del vivir me pierdo...  
El egoísmo humano no me deja  
ni aun a solas vivir con tu recuerdo!

¡Renunciar a las glorias de este mundo!  
Una casa en el campo, y el olvido  
de todo, menos de este amor profundo  
que aun cuando muerto está no le he perdido!

¡No te he perdido, no! por que te veo  
cuando se queda insomne mi deseo  
con tu recuerdo y con la noche a solar,

surgir sobre mis hondas tempestades,  
como Cristo en el mar de Tiberiades  
serenando el tumulto de las olas.

V

Avanzas por las hondas tempestades  
para llegar a mis riberas solas,  
cual Cristo sobre el mar de Tiberiades  
serenando el tumulto de las olas.

Luminosa a mi encuentro te adelantas  
para curar mi corazón enfermo...

Bajo el breve milagro de tus plantas  
florece en las arenas de mi yermo.

¿De dónde surges, dí? ¿Acaso vienes  
de una santa ciudad desconocida?  
Con un divino gesto me detienes

y al eco de tu voz todo se calma...  
¡Tanta bondad no viene de la Vida  
sino del fondo de tu propia alma!

VI

Fantasma que entristeces mis cantares,  
yo no sé si me buscas o te sigo,  
mas lo mismo en la tierra que en los mares  
donde quiera que voy vienes conmigo.

Sólo me oyen hablar. Dicen las gentes:  
—¡Está loco!—y temblando de pavora  
se alejan de mi lado, o sonrientes  
se burlan sin piedad de mi locura.

¡En los ferrocarriles contemplando  
los paisajes pasar, o en la celeste  
soledad de los mares, conversando

voy siempre con tu sombra, y ya dormido,  
siempre mi corazón aún te habla de este  
amor que ni el sueño encuentra olvido!

## VII

Yo tuve alguna vez, mas no sé cuándo  
ni dónde, una casita, y una amada  
que ante la Madre de Jesús rezando  
esperaba en la noche mi llegada.

Recuerdo apenas... En la casa había  
perfumes de violetas y canciones,  
juventud, y cariño y alegría,  
¡y entraba mucho sol por los balcones!...

Abrí los ojos, y me hallé despierto  
sin amores ni hogar, solo y perdido  
en la inmensa planicie del desierto.

Y al despertar, me dije suspirando:  
—¿Fué todo realidad o todo ha sido  
una ilusión que me forjé soñando?

## VIII

Con un gesto de olímpica escultura  
cruzas por las tinieblas de mi vida,  
soberbia de silencio y de blancura,  
recta de paz y de pudor vestida.

Mostrando con orgullo tu belleza  
llegas a mi dolor, altiva y fuerte,

pues sabes que defiende tu pureza  
la invisible guadaña de la Muerte.

De tu túnica astral la línea griega  
no perturba la humana sacudida,  
ni enciende tus mejillas el Deseo,

Y hay en tus ojos la tristeza ciega  
de esos desnudos mármoles sin vida  
que custodian la paz de un Mausoleo.

IX

De la lámpara el trémulo reflejo  
proyectaba en el muro mi silueta,  
y evocaba tu imagen en la quieta  
superficie encantada del espejo.

Vino una sombra a acariciar mi frente...  
Recuerdo de una mano que temblando  
estreché, no sé dónde ni sé cuándo...  
Tal vez el alma de tu mano ausente.

Me acarició un frescor de Primavera,  
como si me envolviesen las sombrías  
fragancias de tu negra cabellera...

Y cerré las pupilas para verte  
en la barquilla de las Tres Marías  
llegar hasta mi amor desde la Muerte.

## X

En un silencio de inquietud te espero,  
porque sé que vendrás, aunque no sé  
cómo habrás de venir, ni en qué sendero  
en este instante temblará tu pie.

Estás muy lejos, pero el alma mía  
de tal modo te sabe adivinar,  
que entre un coro de Santas te hallaría  
a ojos cerrados y sin cavilar.

Nunca te he vuelto a ver, pero presiento  
en el aire el perfume de tu aliento,  
y en el cielo la luz de tu mirar,

pues sé que eres mi eterna Prometida,  
y en la Muerte lo mismo que en la Vida  
me esperas coronada de azahar.

## XI

Llegas a mí fantástica y derecha  
a través de las sombras, como una  
visión inmaterial, vestida y hecha  
con la plata más pura de la Luna.

Vierte una primavera en el ambiente  
tu aliento misterioso si respiras...  
Tus pies avanzan armoniosamente  
como a compás de melodiosas liras.

—¿Cuándo acabará el mar en que me ahogo?—  
 Curvado ante el Misterio te interrogo...  
 Se desprenden sin ruido tus cabellos

en un nimbo de plata por tu faz...  
 Se abren tus labios, y se escapa de ellos  
 una palabra solamente: —¡Paz!

XII

Dentro del ataúd que avaro encierra  
 la única amada de mi corazón,  
 quiero que me trasladen a mi tierra  
 a enterrarme en su viejo panteón.

Donde reine la sombra más callada  
 un sepulcro de mármol; sobre él  
 una cruz, y a la cruz entrelazada  
 una fresca corona de laurel.

Y este epitafio, en oro cincelado:  
 —“Si aquí llegas viajero extraviado  
 la eterna gloria del Amor advierte.  
 La Muerte a los amantes separó,  
 pero el Amor más fuerte que la Muerte,  
 de nuevo para siempre los unió.”—

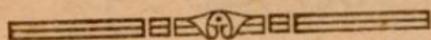


2.222  
-AN  
-ALM  
-LEL  
-PA

Lea en el N<sup>o</sup>. 96 de  
**LOS PENSADORES**  
**El Vellocino de oro**

---

novela original de  
: Teófilo Gautier :



**El Amor Fecundo**

---

por el Dr. Juan Escalante Escandón  
se ha publicado en el volúmen 13  
de **Biblioteca Científica** que contiene  
además un estudio sobre **LA ESTE-  
RILIDAD VOLUNTARIA** por Pablo  
Mantegazza.

# LOS POETAS

Vol. 1. — **Poesías completas**, de Diego Fernández Espiro.

Vol. 2. — **Elegías**, de Eduardo Marquina.

Vol. — 3. — **El canto errante**, de Rubén Darío.

Vol. 4 — **La vejez del Padre Eterno**, de Guerra Junqueiro

1, 2, 3 y 4 agotados.

---

Vol. 5. — **Antología de Versos para niños**, selección de Gustavo Riccio.

Vol. 6. — **Poesías completas**, de José Asunción Silva.

Vol. 7. — **Triunfos nuevos**, de Alberto Ghirardo.

Vol. 8. — **Serenidad**, de Amado Nervo.

Vol. 9. — **Nuevas Rimas**, de Josué Carducci.

Vol. 10. — **Las fuentes del camino**, de José de Maturana.

Volumen XI.—**Poemas Póstumos**, de Juan Pedro Calou.

Volumen XII.—**Viaje Sentimental**, por Francisco Villaespesa.

---

**VICENTE BELLUSCI,**

Concesionario para la venta en la Capital.

